

III.

El B. Fr. Bartolomé Laurel.

Después de los acaecimientos referidos, tuvo lugar, en 1623, la abdicación del Iongun, que transmitió el imperio á su hijo primogénito; renovó este, como era de costumbre, todas las leyes anteriores y en especial aquellas que iban encaminadas á destruir la religion cristiana, valiéndose principalmente de grandes promesas de honores y dinero á los que delatasen á los cristianos y sobre todo á los ministros del Evangelio. Recrudeciéndose todavía mas la persecucion con haber sido nombrado un tal Midzano Cavachi para reemplazar á Gonrocu en el gobierno de Nangasaki, lo cual sucedió á mediados del año de 1626. El Cavachi, que tenía autoridad de presidente y juez ordinario, así en la ciudad como en los pequeños reinos que en torno de ella se encuentran, publicó bandos terribles, no bien hubo tomado posesion de su cargo. Pena de la vida, no se bautice á los niños, no se lean libros espirituales, no se observe el calendario europeo, no se reúnan para practicar la Religion: todo japonés cristiano ausente del país, reniegue de la fe á su regreso: ningun gentil ó renegado que vaya á Macao por razon de comercio se hospede sino en casa de gentiles ó renegados: no se admitan en ningun puerto naves que lleguen de Filipinas: todo el que tuviere noticia de algun religioso, denúncielo, así como á la familia que lo albergó; si espontáneamente lo hiciere, será premiado. Hecho esto, envió por todos lados, sin excéptuar las montañas y sitios desiertos, gran numero de esbirros de espías, sin más oficio que estar en acecho de cuantos pasasen y dar en ellos, por si lograban descubrir algun religioso.

Más de un año duraba ya la persecucion, con muerte de muchos ilustres mártires, cuando el B. Fr. Bartolomé Laurel fué llamado por Dios á participar de sus gloriosas coronas.

Era el B. Laurel mejicano de nacion, y vió la luz en Puebla, donde vistió el habito de S. Francisco en la flor de su edad; profesando la regla en la condicion de lego. * Cuando llegó a Mejico el P. Francisco de Santa María, franciscano originario de España, se le juntó como inseparable compañero, hizo viaje con él á Manila en 1609, y lo siguió hasta el Japon, ocupándose conforme á su estado en disponer á los paganos á abrazar la fe y preparar á los fieles á recibir los sacramentos, dando repetidos ejemplos de humildad, mortificacion, modestia y celo.

Llegaron ambos al Japon en 1622, año en que la persecucion hizo terrible estrago en la grey cristiana, y pasaron cuatro años entre continuos peligros, hasta que los prendieron en casa de Gaspar Vaz, terciario de S. Francisco, así como su mujer María, los cuales fueron tambien martirizados, con otros muchos compañeros, en el mismo día que nuestros religiosos. Eran por todos quince, y de ellos fueron ocho degollados y siete quemados vivos: del número de estos fué nuestro Fr. Bartolomé Laurel, el P. Francisco de Santa María, y otro lego franciscano, japonés de nacion, Fr. Antonio de S. Francisco. Se verificó su glorioso martirio á 16 de Agosto de 1627.

* Antes de entrar en religion ejerció en Puebla el oficio de tejedor (N. del T.)

IV.

El B. Fr. Bartolomé Gutierrez.

A fines de Julio de 1629 llegó á Nangasaki cierto Takimaga Uneme, mandado con amplias facultades por el emperador para suceder á Cavachi en la presidencia de Chimo; así se llaman todas las provincias puestas á mediodía. Era señor de una parte del reino de Bungo, y desde 1614 se habia señalado como gran perseguidor de los cristianos. Mal dispuesto de sí, y apretado de las severas órdenes del soberano, apenas hubo desembarcado, preparóse á arrancar de raíz la fe de Cristo en Nangasaki y en los países circunvecinos, y desgraciadamente lo consiguió en gran parte. Mandó comparecer á treinta y tres varones y veintisiete mujeres, y despues de haber empleado en vano promesas y amenazas para obligarlos á apostatar, los mandó el 3 de Agosto al monte Ungen, ordenando que fuesen acerbísimamente atormentados con las hirvientes aguas que allí brotaban y con exponerlos á los ardores del sol, mas de tal suerte que se prolongase el suplicio cuanto fuese posible. Ejecutado este cruel estrago que puso gran terror y desaliento en los fieles, Uneme fingió cierta indiferencia y hasta pareció no pensar mas en la religion cristiana, como persuadido de que enteramente habia acabado con ella. Artificio fué este de su grande astucia, para inspirar confianza á los religiosos y convidarlos á salir de sus escondites con el deseo de levantar á los que por flaqueza cayeron y de confirmar en la fe á los que se habiam mantenido fieles. Entretanto despachó espías por todas partes, prometiéndolos grandes mercedes á los que le llevasen preso algun religioso.

Hallábase entónces retraido en el Pequeño lugar de Coga el P. Fr. Bartolomé Gutiérrez, originario de Nueva España y religioso de la órden de S. Agustín. Nació en la ciudad de Méjico en Setiembre de 1580, de ricos y nobles padres que lo educaron con cristiano esmero: recibió el hábito á los diez y seis años, y profesó solemnemente el 1º de Julio de 1597. Terminados los estudios y ordenado de sacerdote, pasó en 1606 á las islas Filipinas, donde fué Maestro de Novicios por muchos años. Era su deseo más vivo propagar la fe entre los idólatras y en defensa de la misma derramar su sangre, y disponiase para tan alta empresa con prolija oracion y ásperas penitencias. Al fin alcanzó lo que deseaba, siendo en Mayo de 1613 despachado por los superiores al Japon, en donde trabajó incesantemente por diez y ocho años continuos en el bien de las almas, padeciendo mucho y expuesto siempre á mil peligros. Fué hombre de santa vida, á quien los Padres de la Compañía, con quienes guardó estrecha union de caridad, recomiendan en muchas de sus cartas por su rara prudencia, inalterable mansedumbre y ardentísimo celo.

El fué el primero que cayó en manos de los espías del gobernador: descubierto su retiro y sin hallar quien osase albergarlo, se escondió en la espesura de una selva; allí fué sorprendido y llevado á Nangasaki, con su catequista Juan Cocumbuco y su familiar Miguel Kinochi. Pusiéronlos en estrecha prision, con los piés en grandes cepos de hierro, que despues fueron cambiados por argollas asimismo de hierro que les echaron al cuello, como lo vió el P. Antonio Ichida, de la Compañía. Con él y otros confesores de Cristo fué trasladado Fr. Bartolomé á la cárcel de Omura, donde pasaron cerca de dos años en medio de penalidades que ellos acrecentaban con ásperas penitencias. Dormian en el duro suelo de un calabozo tan estrecho que no podian

estar sino encojidos: ayunaban diariamente, comiendo una vez al día escasa medida de arroz negro sin condimento alguno: se disciplinaban cuatro veces á la semana: hacer oracion, hablar de Dios, suspirar por el martirio era su ocupacion continua. El 25 de Noviembre de 1631 fueron llevados de nuevo á Nangasaki, de cuya prision los sacaron para el monte Ungen el 3 de Diciembre siguiente. Eran seis, á saber los PP. Fr. Bartolomé Gutierrez, Fr. Vincente Carvallo y Fr. Francisco de Jesus, agustinos; el P. Antonio Ichida, jesuita japonés; D. Jerónimo, presbitero secular, tambien japonés, que llevaba el apellido de Torres, y Fr. Gabriel de la Magdalena, lego franciscano. Llegados al monte, los separaron encerrándolos en otras tantas cabañas de tablas, con cepos en los piés. Al día siguiente los llevaron uno por uno á la orilla de una gran cavidad, llamada Boca del Infierno, y anunciándole á cada uno los prolongados y terribles tormentos que habria de sufrir en aquella agua hirviendo, lo exhortaban á apiadarse de sí mismo, haciendo á tiempo lo que despues tendria que hacer, vencido del dolor y con tanto riesgo de la vida; que ni eran de piedra sus cuerpos, ni tenían mas entereza de ánimo que tantos centenares de cristianos que al fin hubieron de rendirse á quel tormento. Escribió despues el P. Antonio que, fuese por el intenso frio que habia, ó por otra causa, el caso es que aquellas aguas sulfurosas, turbias y hediondas levantaban tan grandes borbollones y con tal violencia y estrépito se rompian, que habrian puesto horror en el corazon más valiente, á menos de fortalecerlo Dios con gracia extraordinaria. Y á todos seis la concedió el Señor, para que contestasen unánimes, cual si se hubiesen concertado, que estaban dispuestos á padecer todaviá más, si con mayores padecimientos pudieran acreditar mejor su fe. No se habló más. Habian preparado una gran sar-

ten de palo con un agujero en el medio, el cual destapaban despues de llenarla de agua hirviendo, y con el chorro que por abajo salía iban bañando el desnudo cuerpo del mártir, sin dejar parte de él que no abrasasen repitendo por segunda y tercera vez la inhumana operacion. Hinchábanse los cuerpos (propio efecto de aquellas aguas) y se les desprendian tiras de piel viva, sin que alguno diese muestra de sentir dolor, con asombro y rabia de los atormentadores. Un médico que llevaron curaba las llagas y determinaba la repeticion del tormento segun las fuerzas de cada uno, para que fuese más duradero; á unos dos veces al día, á otros hasta seis. Un mes perseveraron así, admirando con su constancia á todo el país de Nangasaki y de Tacacu, con altísimo loor de nuestra fe, hasta que los ejecutores mandaron á decir al tirano Uneme que antes de vencer á uno solo, agotarían los manantiales calientes del monte. En consecuencia, ordenó que regresasen a Nangasaki, mas no ántes que él saliese para la capital (á donde iba todos los años), por considerarse afrentado si se hallaba en la ciudad cuando volviesen los mártires en son de triunfo. El 5 de Enero de 1632 tornaron, pues, á la cárcel pública de Nangasaki los invictos confesores de Cristo, donde permanecieron ocho meses con grandísimos padecimientos y no menor alegría espiritual, hasta que el 3 de Setiembre consumaron á fuego lento su martirio. Este día, despedida con desprecio la última intimacion que la vispera les hiciera Uneme para que renegasen, los metieron en una especie de literas enteramente cerradas, para que no los pudiera ver la muchedumbre. Iba delante un soldado llevando en alto la sentencia, la cual decia: « Van estos condenados á morir por ser sacerdotes y ministros de los cristianos, y predicar la ley de Cristo en el Japon ». Así que llegaron á la cumbre del monte, y los sacaron de las li-

teras, entonaron todos el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y fueron luego atados á los postes con cuerdas delgadísimas, para que pudiesen romperlas y huir, si quèrian: las hogueras eran de leña verde, untada de lodo, para que resistiera mejor al fuego. En tanto el P. Fr. Bartolomé, así como los demas, habló al pueblo, segun lo que Dios le inspiraba, y cuando prendió el fuego, el P. Fr. Vicente Carvallo, sacando del pecho un crucifijo pequeño, dijo á los compañeros: « Vamos, pues, soldados valerosos de Cristo; viva la fe de Jesus, y por ella con ánimo fuerte demos nuestras vidas. » Todos siguieron alabando á Dios, hasta que sofocados por el humo y las llamas, entregaron sus invictas almas al Creador. Sus cenizas fueron, como de costumbre, echadas al mar.

Seguidos los trámites ordinarios, la S. Congregacion de Ritos consultó al Sumo Pontífice Pio IX la beatificacion de los siervos de Dios, Pedro de Zuñiga, Luis Flores, Bartolomé Laurel y Bartolomé Gutierrez, con otros muchos compañeros de martirio, la cual fué decretada por S. Santidad en Breve de 7 de Mayo de 1867.



